
CÓMO FUIMOS APREHENDIDOS E INTERNADOS EN LA PENITENCIARÍA ALGUNOS DIPUTADOS

La tarde del 10 de octubre, después de la memorable y última sesión en la que el ministro Garza Aldape había hecho declaraciones amenazantes, nos encontrábamos en el salón «Verde» de la Cámara numerosos diputados discutiendo la situación.

De pronto don Tranquilino Navarro, que deseaba salir, se encontró detenido por dos polizontes, quienes, echando mano a las pistolas, le manifestaron que ya ninguno de nosotros podía abandonar el salón.

Comenzaba nuestra prisión.

Me dirigí entonces al despacho del Oficial Mayor para participarlo a varios compañeros que se hallaban ahí. Todos quisimos hablar por teléfono; pero los hilos ya habían sido cortados por la policía.

Carlos Quiroz, repórter muy protegido del Grupo Renovador, se rehusó cobardemente a llevar a nuestras familias encargos minúsculos: llaves y papeles sencillos en que avisábamos la arbitraria detención que sufríamos; y Gonzalo Espinosa, redactor de uno de los diarios que más nos habían atacado, tuvo la nobleza espontánea de ofrecérsenos como portador de los objetos que deseábamos hacer llegar a nuestras casas.

Algunos diputados arengaron al pueblo comunicándole

lo que pasaba, desde las ventanas de la Cámara que dan al Factor; Francisco Chávez trató de impedirlo sin que lo consiguiera; y entonces se ordenó que un pelotón de caballería cargara contra la multitud, y a continuación numerosos agentes de la policía reservada penetraron al salón «Verde», sujetándonos por el brazo a cada uno de los diputados que ahí nos encontrábamos y conduciéndonos al vestíbulo de la Cámara, en el que Alberto Quiroz leía la lista en que constaban los nombres de los que debíamos ser aprehendidos.

Uno a uno bajamos la escalinata de la Cámara, en medio de dos policías, y éramos entregados a un jefe militar, quien, previo registro de nuestro nombre, nos colocaba en medio de una triple valla de soldados del 29 batallón.

Fuí de los primeros en quedar entre filas, y cuando se hubo reunido un grupo bastante numeroso de prisioneros, se dió la orden de marcha, en medio de aplausos y gritos del pueblo que nos vitoreaba.

Todos teníamos seguridad de caminar rumbo al patíbulo. Sin embargo, casi no había uno de nosotros que no conservara absoluta serenidad.

Echamos a caminar por las calles de Donceles rumbo al Oriente, encabezándonos Miguel Alardín, y como alguien observara que para ir al frente de nosotros su cojera era un mal presagio, se retiró en seguida, pasando a ocupar el segundo lugar.

Íbamos en grupos de dos en dos; delante de mí marchaban Rodolfo Reyes y Gonzalo Enrile, quien, por extraña coincidencia, fue aprehendido al mismo tiempo que nosotros; junto a mí estaba el licenciado Vera Estañol y detrás José I. Novelo y Antonio Ancona Albertos.

Cuando llegamos al cruce del Reloj, Reyes y Vera Estañol, contemplando el edificio de los Ministerios cuyas cartelas desempeñaran días antes, entre suspiro y suspiro hicieron algunas ironías.

Pasos delante, Rodolfo Reyes, notando que nos acercábamos al cuartel de Teresitas, observó que probablemente ahí nos fusilarían y esta presunción se robusteció con la ofer-

ta que de puñales y charrascas nos hicieron varios soldados, diciéndonos: «Tengan, jefes, para que se defiendan».

Ninguno de nosotros quiso aceptar los gallardos instrumentos; pero todos pensamos que aquello se debía o a la intención de tener un pretexto para podernos asesinar, o a la bondad real de los soldados, que sabiendo que iban a matarnos, nos proporcionaban armas para hacer una ligerísima defensa. Llegamos frente al cuartel y, contra lo que esperábamos, no nos detuvimos ni entramos, siguiendo rumbo a los llanos de San Lázaro.

Ya por aquel entonces la nerviosidad de algunos compañeros iba en creciente, exteriorizándose en lamentaciones gemebundas que a muchos nos producían efecto irritante. Ancona Albertos que, como dije, marchaba tras de mí, no hacía más que recordar dolorosamente sus hijos, su esposa y toda su familia, hasta que exasperado le manifesté que todos estábamos en condiciones semejantes, subrayando mis consolaciones con prodigalidad de palabras que no pueden decirse delante de señoras, pero que en aquellos momentos demostraron a maravilla la virtud militar de las picardías. Ancona se contagió con el vocabulario enérgico y no volvió a acordarse en alta voz de sus parientes.

Fuimos pasando calles y calles hasta llegar al lado Sur de la Penitenciaría, y dejando este edificio atrás, quedamos en pleno llano.

Los soldados se detuvieron bruscamente. Vera Estañol interrogó:—¿A dónde iremos? Yo le respondí:—Al matadero. Vera contestó:—Siquiera me tocó con puros, y comenzó a repartir entre nosotros los tabacos que llevaba. Nos pusimos a fumar ávidamente creyendo llegada nuestra última hora y estando todos dispuestos a morir con resolución. De pronto rasgó la noche el fanal de un automóvil erizado trágicamente de oficiales del dictador, quienes nos manifestaron que el jefe de la escolta que nos conducía había recibido orden de hacernos marchar en línea recta, sin especificar destino; pero ellos llegaban para hacer que fuésemos internados en la Penitenciaría.

Posteriormente hemos sabido que esa noche debimos ha-

ber sido fusilados en el llano y que la bárbara orden no fue cumplida gracias a gestiones humanitarias del Cuerpo Diplomático.

A las ocho en punto de esa noche, sonando el reloj la hora, atravesamos el zaguán de la Penitenciaría. Los soldados rompieron filas y se formaron, dándonos las espaldas, en el patiecillo inmediato al zaguán. Ya ahí tuvimos una relativa libertad. Alardín nos comunicó llevar las bolsas atestadas de papeles comprometedores que había tenido la imprudencia de no hacer desaparecer a tiempo; se puso a revisarlos despedazando los menos importantes y repartiendo los más graves para que nos los comiéramos. Esa noche los papeles de Alardín fueron nuestra única cena.

Fuimos pasando uno a uno a la alcaidía, donde tomaban nuestras generales; después se nos ponía en manos de celadores que, tras de registrarnos minuciosamente, nos internaban en las celdas; tocóme la número 371 de la cruzía «C», y engarabatado sobre la helada parrilla de la celda, tuve por almohada mi molesto sombrero de bola y por abrigo un alcance de «La Tribuna», en que se relataba la toma de Torreón por Francisco Villa.

¿Amaneceríamos?

A pesar de todo, logré dormir tranquila y largamente.

ALFONSO CRAVIOTO.

**PRIMER GRUPO SALIDO DE LA CÁMARA
Y QUE FUE CONDUCTO A PIE A LA PENITENCIARÍA,
ENCABEZADO POR MIGUEL ALARDÍN**

Alardín, Arias, Ancona, Anaya (?), Álvarez, Bordes, Barrera, Carrillo H., García Moisés, Balderas, Curiel, Cravioto, Cárdenas, Alarcón (?), Dávalos, Elorduy, Estrada, Garza José M., Guzmán, Gea González, Emilio López, López de Llergo, Galicia, R. Reyes, Vera, Zavala, Ugarte Alejandro, Ríos Adalberto, Carvajal, Castellanos A., Aznar, Lezama.

SEGUNDO GRUPO QUE FUE CONDUCTO EN TRANVÍA

Ugarte G., Neri, Vergara, Puig, Rojas, Méndez, Enrique Ibáñez, Reynoso, Cabrera, Malo y Juvera, Macías, Navarro, Ortiz Rubio, Ortiz Rodríguez, Ostos, O'Fárrill, Palomino, Rodiles, Pérez, Ordorica, licenciado T. Herrera, doctor G. Herrera, Frías, López Jiménez, Sarabia, Llano Valentín, Viencio, Aguilar, Pontón, Emilio Ibáñez, Zubiría, Peña F. de la, Palavicini, Martínez Rojas, Meixueiro, Castillo Negrete, Castillo Calderón, Leyva, Salinas, Delgado, Flavio González, Jáuregui Hernández, Novelo José I., Munguía Santoyo, Ramos Roa T., Torre de la Rómulo, Verdugo, Morales Román, Noris, Peláez, Borrego, Berlanga en el Senado, Ramírez Martínez en la calle de Medinas.

ENTRARON DESPUÉS

Ramírez Castillo, Del Rosal (entró y salió), Eusebio León, Martínez. *(Martínez Eusebio)*

SALIDAS

Berlanga, el mismo día 10 de octubre.

POR ORDEN DEL MINISTRO GARZA ALDAPE SALIERON

Pedro Álvarez, Salinas y Delgado, Meixueiro G., Martínez Rojas, Noris, Peláez, Palomino, Ordorica, Pérez Vicente, Lezama José María.

SALIERON EL DÍA 18, (YA POR EL JUEZ)

Herrera Trinidad, Herrera Gonzalo, Pontón Mariano, Ibáñez Emilio, Verdugo Fálquez, Rómulo de la Torre, Cárdenas Emilio, Aguilar Antonio, Estrada Faustino, Vicencio Mariano, García Moisés, Ancona Antonio, Alarcón, Carvajal Manuel.

SALIERON EL DÍA PRIMERO DE ENERO

Aznar, Anaya, Balderas, Barrera, Castellanos Abraham, Castillo Negrete, Cravioto, Frías, Garza José M., Gea González, González Flavio, Guzmán Luis G., León Eusebio, López Emilio, López de Llergo, Llano Valentín, Navarro Tranquilino, O'Fárrill, Ortiz Rubio, Puig, Ramírez, Martínez, Ramos Roa, Reynoso, Rodiles, Vergara, Zavala, Curiel, Reyes, Vera, Enrique Ibáñez, Malo y Juvera, Macías, Ostos, Leyva, Novelo José I.

SALIÓ EL DÍA 7 DE ENERO

Hernández de Jáuregui.

Los demás salieron el día 23 de abril de 1914, con motivo de la ocupación de Veracruz y a consecuencia de la fingida amnistía, ocultándose muchos de ellos en seguida, pues al día siguiente de haber sido puestos en libertad, fue aprehendido el licenciado Rojas y se buscó al señor Palavicini; de modo que casi todos los que salieron en el último grupo continuaron perseguidos hasta el 16 de julio, en que ya Huerta había renunciado.

CONTRIBUCIÓN PARA LAS FIESTAS
DEL HECTOFEBO DE NUESTRA PRISIÓN,
LLEVADA A CABO
EL 10 DE OCTUBRE DE 1913

VERSOS DE E. BORDES MANGEL

Para vosotros, los que inútilmente
soñáis en libertades que no llegan,
como un consuelo de mi vieja lira
he templado las cuerdas
para arrancarles las más dulces notas
que vuestro oído recibir pudiera.

Desde el por mil motivos pavoroso
día de vuestra prisión, son ya cien vueltas
las que, siguiendo su infinito curso,
ha dado nuestro mísero planeta.

(Y esta manera de contar los días
no por alarde la toméis de ciencia;
la rima así lo pide, y los que me oyen
de chicos la aprendieron en la escuela).

Crimen hubiera sido descuidados
dejar pasar la fiesta
sin celebrarla con el lucimiento
a que nuestra prisión prestarse pueda;

y aunque mi contingente el máspreciado
yo desearía que fuera,
tenéis que conformaros con mis versos,
que es lo que os puedo dar.

Dijo el poeta:

«Recordar es vivir»; pues bien, vivamos
para que más alegre sea la fiesta,
recordando los días, ya remotos,
de a dieciséis cincuenta.

De los buenos amigos que perdimos
¡cuántos recuerdos mi memoria lleva!

¿Qué se han hecho Nemesio y su serpiente?
¿Qué Moheno, el gracioso que historietas
nos contaba y hacía de la tribuna
un escenario para clown de feria?
¿Qué ha sido de Carrión y de sus leyes
que alegraban a toda la asamblea?
¿Qué se hicieron Lozano y Olaguíbel,
y Castellet, y Trejo, y Mascareñas,
y Castelazo y Fuentes y Romero,
y don Tirso Inurreta,
y Elguero con los veinte defensores
del católico emblema,
y todos los demás que nos amaron
y con amor mi corazón recuerda?

Recuerdos nada más; sombras que pasan,
y el tiempo, despiadado, nos aleja.

Para juzgar de aquellos bellos días
quedan, por nuestro bien, algunas muestras:
Alardín y el sermón de los «pontífices»;
Palavicini y el de las «cabezas»,
que provocó, cual incendiaria tea
recogida por Ostos y por Jáuregui,
el incendio voraz que consumiera
nuestra felicidad aquella noche
en que estrenamos estas grises celdas.

Nos queda aquel discurso de las grúas
que pretendía comprar Malo y Juvera;

la oración sobre impuestos al guayule
que pronunció Carrillo; también queda
de Arias el bellissimo discurso
que dijo de las *tripas* en defensa,
y la vibrante frase de Galicia:
«¡Qué dirán las naciones extranjeras!»
Pero, padres conscriptos, ¿creéis acaso
que lo que existe aun bastante sea
para hacer alegría de la nostalgia,
para arrancar del corazón la pena?
¡Eso no puede ser! En este día,
que completa de días una centena
pasada en la prisión, lloremos juntos,
no ya de los católicos la ausencia,
no de los otros, los también amados,
porque no estén de sus amigos cerca;
ni porque no escuchemos de Moheno
la vigorosa réplica.

Debemos de llorar, inconsolables,
la irreparable pérdida
que diariamente resentimos todos
de dieciséis cincuenta,
que, de no haberse ido, serían ahora
que tan difícil es tener moneda,
calculando el ahorro carcelario,
¡mil seiscientos cincuenta!...

Perdonadme vosotros que, inocentes,
soñáis en libertades que no llegan;
no para entristeceros de mi lira
he templado las cuerdas;
mas... ¿qué queréis?: al arrancar sus notas
dejéme dominar por la tristeza,
sin recordar que, por el *hectofebio* (1),

(1) *Hectofebio*: neologismo formado con «hecto» (griego) *cien*, y «Febo», el *Sol*: cien soles; traducción poética de cien días, arreglada especialmente para esta fiesta por los señores licenciados don Jorge Vera Estañol y don José Inés Novelo. (Usado en esta poesía con permiso de sus autores.)

estábamos de fiesta,
y recordando, en cambio, aquel proloquio
que nos predica que la bolsa llena
es el más eficaz estimulante
para tener el ánimo contenta.

Penitenciaría, febrero 18 de 1914.

UNA CORRIDA DE TOROS EN LA PRISIÓN

La vida de los prisioneros fue menos dura cuando pudieron reunirse en el patio de la cruzía C. y leer, estudiar y hablar juntos. Entonces se idearon los más inocentes juegos, y como en la infancia, se distraían en hacer adivinanzas, contar cuentos, hacer versos y hasta «corridos de toros». La «corrida» del domingo 21 de diciembre fue hecha con todos los detalles de las de verdad. Se pintaron carteles, se improvisó una música de fingidos instrumentos; y encerrados a las 5 y 30 de nuevo en nuestras celdas, a las 7 de la noche, subido al borde de la alta ventanilla el que esto escribe, leía la rápida edición de «El Heraldo Taurino Penitenciario» con la crónica de la corrida. El cartel decía así:

PLAZA DE TOROS

"LA LIBERTAD"

ZACATECAS, DURANGO, PUEBLA Y JALISCO

— ESPADAS: —

"Bigotazos." "Sacamuelas."

— SOBRESALIENTE: —

"Ostioncito."

— BANDERILLEROS: —

"Irlandés." "El Mora Muza." "Sordolores."

— PICADORES —

"El Pinto." "El Roatán." "Lengüitas."

— ROCINES: —

Don Emilio, Don Javier, Don José y Don Pascual. (De gran alzada.)

SARDINAS Y CHANGOS,

MULAS DE ARRASTRE DE CHALCO, D. F.

— TANCREDO: —

El Viejo Sátiro.

— VETERINARIO: —

"El Homeópata Pueril."

— MURGA: —

Xicotencatl, Coloradita, La Nueva y Bonci.

— PUNTILLERO: —

"El Vizconde."

Diciembre 21 de 1913.

VÉANSE TIRAS.

HERALDO TAURINO PENITENCIARIO.—LA CORRIDA DE HOY.
SENSACIONAL COGIDA DEL «IRLANDÉS».

Solsticio de invierno. El Sol, tímido o perezoso, apenas se muestra tras el velo de nubes caprichosas con un pestañeo de cíclope. El policromo cartel, heraldo de la gran fiesta brava, uce sus rótulos en gualda, carmesí, azul y gris. La figura

suntuosa de «Bigotazos» con su traje de luces y su gorra de agente viajero, con sus zapatillas de bailarina y su capa de gendarme, con sus ojos de susto y su vientre de cocinera, tiene el privilegio supremo de la atracción en la azorada vista de espectadores ayunos de otras satisfacciones, carentes de otros placeres; de espectadores satisfechos de reír por algo y de alguien; de espectadores que han menester de encauzar sus excitaciones nerviosas hacia emociones que los hagan reír como podrían llorar. Entre el grupo abigarrado, informe, zalamero, que contemplaba con arrobamiento de payo en feria los carteles, oímos exclamaciones:—«A ese toro no le falta más que hablar»,—dijo uno, mientras otro, contemplando el retrato de «Bigotazos», afirmaba:—«¡Qué buen sargento haría este tío». Pero la mañana pasó veloz como si fuera sobre las curules y alegre como en el tiempo de los mil tostones. Apenas si se le hicieron los honores a la comida dominguera; en los confortables cuartos de nuestro gran hotel no había sino un solo pensamiento, no existía sino una sola ambición, no se alimentaba el estómago sino de la esperanza, la única esperanza: ver la corrida de toros en la plaza de La Libertad. A las tres de la tarde hormigueaban los espectadores con abejuno rumor, interrumpido aquí y allá con jubilosas exclamaciones, con espirituales comentarios o con destemplados gritos de impaciencia. Pero son las 3 y 30, los peones de brega barren la pista, los monosabios alistan banderillas y estoqués y al fin se escucha la orden del juez de plaza, orden breve, lacónica, expresiva como un versículo del Evangelio: sale el alguacil (Rodolfo Reyes), sonriente, con su cara de buen humor, con su chaquetilla de intimidación, más propia para leer, como apacible burgués en el rincón de una biblioteca, que para cabalgar sobre las incómodas ancas del jamelgo morelense (Ortiz Rubio), del brioso rocín alimentado con *ates* empalagosos y café de Uruapam; recoge el alguacil la llave, estalla una diana y la murga ejecuta con monotonía carcelaria un paso-doble!

¡La murga! «Bonci» (Hernández Jáuregui) usa como clarinete el bitoque de un irrigador; «Golondrino» (Marcelino Dávalos) sopla sobre un peine, con huellas todavía recientes

de caspa; «Xicotencatl» (Gerzayn Ugarte) golpea por regla atávica su *teponaxtli*; la «Breva» silba con los dedos entre las fosas nasales, y «Panza» (Llano) abate manazos sobre el bombo del *chiquihuite* del pan. Sale la cuadrilla: «Bigotazos», «Sacamuelas» y «Ostioncito», el «Pinto», el «Irlandés», el «Roatán» y «Lengüitas», «Sordolores», «Moro-Muza» y el «Vizconde».

EL PRIMER TORO.—(Zubiría y Campa.)

El más bello de los brutos y el toro más toro de los toros; es lagunero, de las dehesas de Nombre de Dios; sus delanteras son elásticas como pastas de guayule, sus traseras esponjosas como pacas de algodón. Viéndolo, llegamos al convencimiento de que no podía haber nacido sino toro; lo engaña el trapo, lo marea el capeo, entra a las varas, recibe las banderillas y aun está entero para el estoque. Los incidentes son movidos: el toro salta la barrera, el honorable coronel Ramírez Martínez huye de una inesperada embestida; Alardín sonrío como si fuese a Gamboa, cuando no pudiendo correr con ambas piernas, se conforma en girar sobre una sola; de la Garza, al ver que la fiera lo amenaza, frunce el ceño, pónese austero y se prepara para repelerlo con el solemne gesto de *un trámite*; Tranquilino Navarro se dispone a hipnotizarlo; pero uno de sus vecinos bosteza y el aliento corretea a la bestia de nuevo hacia la pista. En banderillas el «Irlandés» luce y clava el mejor par.

SEGUNDO TORO.—(Elorduy.)

De muchas patas y pocas carnes, al primer capeo estropea al «Ostioncito»; acorralla a «Moro Muza»; espanta a «Sordolores» y coge en forma aparatosa y emocionante al «Irlandés», que intentó picar. En todos los tendidos se apoderó el pánico de los aficionados: se creyó el caso de mayor gravedad.

Afortunadamente la enfermería estaba bien atendida, y mientras el doctor cuidaba de las heridas del caballo, el veterinario homeópata atendía al picador: fue cuestión de vendar-

lo con cuatro pañuelos con mocos, después de haberle dado unas friegas de saliva. Este toro fue muerto por «Sacamuelas» con una estocada magistral.

EL TERCER TORO

Chiquito y pelirrubio, el serrano tuvo salida de caballo árabe y parada de burro viejo. No hizo sino salir, ver a don Tancredo, el Sátiro Viejo y huir con pánico; ¿fue por verlo?; ¿fue por olerlo?; no pudimos aclarar ese punto; pero entró al corral y no se le pudo hacer que volviese al ruedo.

EL CUARTO.—(Anaya.)

Con más pelos que piernas, era querencioso y desconfiado; no permitió a los diestros lucir sus artes y los hizo trabajar mucho y sin éxito. *Resumen*: la murga, tediosa y rogada; el ganado, desigual; los espadas, bailarines y prudentes; los capeadores, correlones; los banderilleros, sin vista; los picadores—excepto el «Irlandés»,—sin pulso ni agallas. Antes de terminar la corrida fue hecha una colecta en favor del herido; en los protectores brazos del veterinario el picador recorrió la arena, mientras sobre el capote caían cajas vacías de cerillos, cáscaras de nuez, colillas de cigarros, mascadas de tabaco y cortezas de naranja.

La entrada, buena.

La salida, lejana....

TIJERITAS.

**LOS JUEGOS FLORALES
EN HONOR DE "PUERCO PARADO"**

Los jueces de Distrito, temerosos de las responsabilidades que contraían con el proceso de los diputados, prestaban poca confianza al general Huerta y se buscó a un hombre carente de todo escrúpulo y capaz de todas las abyecciones; un hombre que nada tuviese que perder; un servil y un malvado a la vez; ese hombre existía y esperaba su hora: fue don Francisco Pascual García, católico activo, abogado oaxaqueño, que había sido eliminado de la Cámara por presentar una credencial ilegal y que serviría a su propia venganza, al mismo tiempo que a los deseos del usurpador.

Desde que fue nombrado ordenó que se reincomunicase a todos los diputados y comenzó a amenazar a los que poseían alguna fortuna para vender la libertad caucional, mientras que asustaba a las familias para que procuraran pagarle órdenes de benevolencia o permiso de visitas.

Los prisioneros no podían odiar a Pascual García porque le tenían un desprecio inmenso, y tomando el asunto a la broma, organizaron una sesión literaria en uno de los rincones del patio correspondiente a sus celdas, que denominaron «Juegos florales de «Puerco Parado». Llamaban «Puerco Parado» al licenciado García porque su figura representa exactamente la de un cerdo con las manos en alto; porque es sucio como ese animal, y porque, como los puercos, vive en todos los fangos sociales y morales.

El diputado Bordes Mangel fue comisionado para ser el «sostenedor» y con ese carácter hizo una introducción en verso a la lectura de los sonetos del concurso y leyó después el fallo, también en verso, del jurado.

El ingeniero Pascual Ortiz Rubio hizo un canto a la reina (Valentín del Llano) y a las «damas de honor» (Alardín, Borrego y Tranquilino Navarro.)

EN HONOR DE «PUERCO PARADO»

[INTRODUCCIÓN]

¡Oh reina de la belleza
que sois musa de estos bardos!
Por el temor poseído,
por vuestro amor embargado
en la fiesta de las flores
líricas, alzo mi canto;
y a vuestra majestad ruego
que, pues sois elemento airado,
no muestre el bello semblante
que es envidia de los astros.

Y vosotros, los doctores
del gay saber, ya laureados:
Novelo y Martínez Dolz,
Curiel, Marcelino Dávalos,
prestadme las vuestras liras
que, aunque torpes estas manos,
sabrán tañerlas, pues quieren
también con la fiesta honraros.

La sapiencia del conjunto
que a la justa asiste ufano,
dame enseñanza y aliento,
porque me siento humillado
ante la austera elegancia
del jaquet del licenciado
Ostos, y de Manuel Rojas
el jaquet prediluviano.

Mas ya mi espíritu alienta,
ya me siento confortado

y en rima enérgica puedo
poner la clave del arco
por donde en triunfo han de entrar
a conquistar vuestro aplauso,
los poetas-adalides
que a justa habéis convocado,
para que aquel que en la liza
la flor-símbolo esforzado
merezca, el favor alcance
de obtenerla de la mano
de Su Majestad la Gracia,
cuya sonrisa es regalo
celestial, y ante quien rindo
mi fiereza, pues sólo hago
votos por que guarde Dios
a su majestad Del Llano,
reina digna del concurso
del gordo «*Puerco Parado*».

LOS SONETOS

En los tiempos remotos y lejanos
En que Fedro hizo hablar los animales
Para martirio cruel de los mortales,
Cuenta un libro que tengo entre las manos

Existió un puerco de los más villanos,
Ladino y socarrón; defectos tales
Que vino a ser el colmo de los males
Cuando logró colarse entre cristianos.

Bajo la piel de manso corderillo
Se presentaba siempre disfrazado;
Pero dejaba fuera su colmillo

Y era al instante, pues, desmascarado;
Pero éste, como atroz, era un chiquillo
Junto al que existe hoy «*Puerco Parado*».